

Identidad europea. Una especulación

Peter Glotz

Peter Glotz, intelectual y político socialdemócrata alemán, es jefe de redacción de la revista *Die Neue Gesellschaft, Frankfurter Hefte*. Autor de una extensa obra, se han traducido sus libros *Manifiesto para una nueva izquierda europea* (Siglo XXI, Madrid, 1985) y *La izquierda tras el triunfo de Occidente* (Edicions Alfons el Magnànim-IVEI, Valencia, 1992). El presente artículo fue publicado en *Die Neue Gesellschaft, Frankfurter Hefte* (núm. 3/1999).

Identidad europea: ¿de verdad existe? Esa es la increíble pregunta de muchos periodistas y no pocos contemporáneos. Con el concepto de la identidad europea, inquiere esta gente, ¿acaso no rehúye usted preguntarse lo que significa su condición de alemán? Al traer a colación la identidad europea, ¿no se está metiendo usted en una nebulosa para eludir compromisos regionales y nacionales?

Yo podría responder a esto de forma biográfica. Soy originario de Bohemia. Antes de 1918 Bohemia pertenecía a la antigua Austria. Entre la fundación de la primera República Checoslovaca y el Pacto de Munich fue una parte de Checoslovaquia. Cuando nací, en 1939, ya hacía dos meses que formaba parte de Alemania. En 1945 fui expulsado de la patria de mi padre y de mi madre, de mis abuelos y abuelas, de mis bisabuelos y bisabuelas, etc. y aterricé en Baviera. Según mi pasaporte soy alemán. Y, anímicamente, no tengo nada en contra de ser alemán. Pero, ¿no soy también checo, como mi madre? ¿No soy también austriaco como mis abuelos? Hasta cierto punto, el discurso sobre la identidad europea, al menos en mi caso, no parece del todo injustificado.

A esto se añade el hecho de que, a lo largo de mi vida, ocasionalmente me he establecido fuera de Europa en determinados periodos. Allí es cuando, de repente, uno toma conciencia de que es europeo. Y, ciertamente, de forma banal: siendo profesor invitado en Milwaukee, el Mima's Café se convirtió en mi local habitual. ¿Por qué? Allí había comida italiana. A diario visitaba una librería céntrica. ¿Por qué? Allí había periódicos alemanes, ingleses y franceses. Me alojé en el segundo mejor hotel de la ciudad. ¿Por qué? Allí había seguridad europea. Durante esos seis meses en el Medio Oeste de los Estados Unidos tomé bastante conciencia de ser europeo.

Pero, naturalmente, también puedo fundamentar la identidad europea de una manera más erudita. Por ejemplo, recurriendo a Eugen Rosenstock-Huessy. «Europa», escribe él, «encarna una aspiración cultural, que no está en el mapa, sino en su origen unitario, a partir de Occidente». Europa son las experiencias de la Antigüedad griega, romana y cristiana, la formación de los pueblos y el cisma religioso de 1648, el sueño de la soberanía de la nación y del Estado único. Y es el increíble proceso de «autoilustración» de la Ilustración: el descubrimiento central de Europa desde el Renacimiento y la Reforma, es decir, el descubrimiento del individuo; la inserción social de éste, que de ninguna manera tiene que oponerse al esfuerzo por formas de vida solidarias; es la pregunta sobre las enseñanzas que podemos extraer de las revoluciones europeas y sobre cómo preservar la crítica implacable, en la que se ha apoyado todo el progreso de Europa. «You are most critical», dicen los norteamericanos cuando se refieren a Europa.

Hoy tendríamos que preguntarnos qué significa esta herencia de la Ilustración europea. Decía Maurice Barrès antes de la Primera Guerra Mundial que en Europa había cuatro instituciones que protegían a este continente de la invasión de la barbarie: la Sorbona de París, el Parlamento inglés, la Curia romana y el Estado Mayor prusiano. ¿Qué instituciones deberíamos mencionar hoy? ¿El acuerdo franco-alemán, la BBC y el nuevo Banco Central europeo? No dejaría de tener interés darle vueltas a este catálogo y reflexionar con precisión sobre qué nos salvará, o qué nos puede salvar, de la invasión de la barbarie.

No: yo niego que el discurso de la identidad europea sea simple charlatanería. Atenas, Jerusalén y Roma, precisamente en sus luchas e influencias mutuas, han dejado un sello inconfundible; y los cuatrocientos años de Ilustración desde René Descartes, sólo imaginables a partir del humus de la racionalidad y la democracia griegas, del sentido judeocristiano de la trascendencia y de la capacidad mediadora de la romanidad (Remi Brague), han determinado el mundo. A finales del siglo XX, sólo hay que tener claro que, en todo caso, el cristianismo resulta inútil como «Instrumentum regni». Por eso utilizo la fórmula de la «Europa descristianizada». Se puede discutir sobre si hay que caracterizar a este proceso como secularización. Niklas Luhmann, por ejemplo, niega que disminuya el papel y la importancia de la religión. En vez de secularización, lo único que

Bill Gates,
Presidente de Microsoft



se ha dado siempre son nuevas religiones. Sin embargo, la «nueva religiosidad» no es instrumental de cara a la cohesión de las sociedades, la formación de consenso, la orientación de las élites. Sectas, movimientos *new age* y grupúsculos fundamentalistas tienden a dispersar, en vez de a cohesionar. Probablemente el desamparo metafísico hace a la gente más irritable que tolerante. Sea como sea que se valore la evolución de los últimos siglos, nadie la puede anular, como no sea una especie de diluvio. Pero gracias a Dios, la organización de diluvios no está al alcance de las clases políticas.

¿Qué es lo que puede generar cohesión cuando la «moralidad de las costumbres», de la que habló Nietzsche, se convierte en una suma precaria? En los primeros cincuenta años de nuestro siglo hubo movimientos totalitarios y, en la segunda, una red bien organizada y tupida de bienes y servicios. Nuestro problema es que la riqueza de Europa que, de todas formas, era sólo la riqueza de Occidente y del Norte, está también amenazada. Con la globalización, Europa se encuentra en apuros. Esto se puede contrarrestar, pero a condición de que se produzca un enorme impulso de innovación.

Todo el mundo sabe que el carbón, el acero común y la construcción en serie de barcos no pueden determinar el futuro. Pero también se sabe que los cuatro subsectores industriales que produjeron el auge de las últimas décadas difícilmente harán lo propio en el próximo siglo. La química, la industria automovilística, la fabricación de maquinaria y la industria electrotécnica puede que superen sus crisis paso a paso, pero difícilmente serán los grandes motores del crecimiento futuro. Sea como quiera, de lo que no cabe duda es de que en cuanto a las industrias de futuro —ordenadores, semiconductores, multimedia, *software*, servicios financieros, etc.— Europa se encuentra en un segundo plano. Únicamente una política de investigación, de formación y de cambio estructural, aplicada de forma sumamente diversificada y concertada cooperativamente, podría

recuperar ese retraso. Incluso la rica Alemania camina hacia la sociedad de los dos tercios. En muchos barrios existe un paro masivo. Crece el número de personas que ya no pertenecen al personal del núcleo, sino al periférico.

La debilidad de Europa está, ante todo, en la falta de energía innovadora. En los Estados Unidos, en las dos últimas décadas, surgieron tres docenas de nuevas empresas que, entretanto, operan ya por todo el mundo. Los ejemplos son Microsoft, Silicon-Graphics, Sun Micro Systems, LSI Logic y muchas otras. Europa está marcada todavía por empresas que aparecieron en la época fundacional posterior a 1871: nuestros grandes bancos, Siemens, Bosch, Philips, Fiat, etc. Las grandes empresas, dirigidas generalmente por personas de 60 años, no son la forma de organización adecuada para productos modernos

Europa debe ponerse manos a la obra en vez de resignarse.



de ciclo corto. ¿Cómo podremos llevar a cabo la revolución cultural que es necesaria para que nuestro continente siga siendo un *Global Player*? Así pues, tiene razón quien les dice a las más jóvenes generaciones de Europa que deberían ponerse manos a la obra en vez de resignarse, que su lema tendría que ser *go future*, en vez de *no future*. Sólo que quien exige esto tiene que añadir de dónde deberían extraer las generaciones nacidas en la postguerra la sustancia para una inflexión activista, pues la herencia con la que han crecido es ambivalente. Contiene la energía económica de las masas, pero también las prevenciones rigoristas que han generado esta uni-

dimensionalidad. Contiene fuerzas productivas admirablemente organizadas, pero también mucha rigidez tradicionalista. Contiene restos amenazados de humanismo, pero también el frívolo *anything goes*, que es la respuesta de muchos intelectuales europeos a los campos de concentración y gulags de la primera mitad de este siglo. Rupert Murdoch vino aquí, a Europa, a invertir. Michel Foucault iba a San Francisco para, una vez al año, sumergirse en la escena sado de allí. *That's the difference.*

I

Lo que se necesitaría, pues, es una nueva política europea. Una nueva política económica, que apueste por empresas jóvenes y por la innovación. Una nueva política cultural, que pusiera de nuevo a los europeos en disposición de contar sus propias historias. Una política social, que preservara el capitalismo renano. ¿Tendremos energía necesaria para todas estas nuevas apuestas? El peligro es, más bien, que asistamos a un nuevo *fin de siècle*: la reducción a pura historia de las guerras mundiales y del holocausto; un renacimiento del malestar de la cultura, aburrimento, la invocación de la comunidad en contra la sociedad. Emoción contra racionalidad, una devaluación de la historia y la política. Todavía no se ven los gurús que, tras unos cuantos años de difusión de este estado de ánimo, pudieran sacar las consecuencias pertinentes. Botho Strauss, Hans Jürgen Syberberg, Alain Finkelkraut, Bernard Henri-Lévy o André Glucksman son un par de cabezas más pequeños que Spengler, Klages, Scheler, Leopold Ziegler, Heidegger. Pero esto no es ningún consuelo. También la repetición de la tragedia como farsa sería el final de toda perspectiva europea.

Y me refiero todavía a la superestructura, a los artículos de fondo de los periódicos, a los que expresan premoniciones de decadencia, o sea, a minorías. Yo confío aún en las «masas con su inquebrantable escepticismo» (Enzensberger), en la mayoría de la población entregada impertur-

Más que discursos sobre «valores fundamentales», hay que proponer proyectos transformadores.

bablemente a sus propios intereses y a su quehacer cotidiano. Para la mayoría de alemanes, gracias a Dios, un trabajo para su hija es más importante que la nación; el pago a plazos de un pasatiempo, más interesante que la verborrea de carismáticos psicoterapeutas; los continuos arreglos para unir a sus familias completas o incompletas, más atractivos que cualquier comunitarismo. Entre los franceses, italianos o belgas no creo que sea diferente. Sin duda, la fórmula «valores fundamentales» dirá bien poco al presidente del comité de empresa de Loewe-Opta, a la maestra de una escuela de Munich-Norte o al informático de Intershop/Jena: En cambio, la cosa está mucho más clara cuando de lo que se habla es de prejubilaciones, de los problemas de drogas de alumnos en riesgo o de la adaptación de los programas Windows de Microsoft. Tenemos problemas: paro masivo, clases políticas poco consistentes, sistemas de partidos que se tambalean, estructuras industriales anquilosadas, criminalidad creciente en las metrópolis. Hay bastante que hacer; a veces, incluso algo «revolucionario». Pero la situación no es de ningún modo desesperada. Quien la compare con un final de época, con el ambiente prebélico de 1913 o incluso con 1933, es un cobarde, un cursi o un irresponsable.

Ahora bien, los proyectos que tenemos que acometer son ciertamente complejos. Exigen una «revolución liberal», como Bruce Ackermann, de la Yale-Law-School, ha denominado a las tareas pendientes. A saber, transformaciones como el *New Deal* de Roosevelt o la lucha de Martin Luther King en favor de la igualdad racial. Propongo cinco ejemplos relacionados con esas proyecciones de futuro. No formulan simplemente «valores fundamentales» que, colgados en algún cielo de ideas, se puedan recoger como manzanas. La mordaz pregunta a los proclamadores de valores es siempre: ¿por qué la gente sigue tan condenadamente poco vuestros «valores»? No, yo construyo discursos que los europeos deberíamos poner en marcha si, en el futuro, no queremos especializarnos en profesiones, tan honorables por otra parte, como empleados de museo, animadores culturales, historiadores del arte o gastrónomos. Evidentemente, de la misma manera que nuestros filósofos de los valores fundamentales, tengo que enfrentarme a la pregunta sobre si estos discursos serán aceptados, luego, por partes relevantes de las elites europeas. «En el fondo», dice el filósofo germano-holandés Peter Sloterdijk, «la situación de Europa se parece a la de una gran empresa que se ve abocada a superar su falta de ímpetu con ayuda de técnicos en identidad corporativa». Sloterdijk reclama «entusiasmo empresarial», «procedimientos de psicodrama» y «aprendizaje para producir nuevas visiones». Y no le falta razón.

Reconstrucción del pensamiento político

El primer discurso lo denomino la reconstrucción del pensamiento político. Nuestro pasado criminal nos induce a descartar categorías fundamentales como las de poder o de prioridad. «Europa será el seminario», decía el citado Sloterdijk, «donde las personas aprendan a pensar más allá del imperio». En los seminarios se puede especular, pero no actuar. El intento de quitar importancia al retraso económico de Europa y verlo como un «escenario sugestivo» resulta tan falso como la visión, éticamente grandiosa pero económica y políticamente irrealizable, de transformar, en seis u ocho años, la Eslovaquia de Vladimir Meciar de manera que se pudiera unir en una alianza (viable) de Estados con Francia. Europa ha de insistir en su universalidad. La libertad, el Estado de derecho o el derecho a la integridad física y otros derechos humanos no son «curiosidades locales» como el kilt escocés o comer caracoles (Remi Brague). Pero la política europea tampoco puede dejarse acosar por Saatchi & Saatchi, Rudder-Finn, Hill and Knowlton y la vorágine de resoluciones parisiense e ir de intervención en intervención. Para el establecimiento de la justicia mundial no somos lo suficientemente poderosos. «El conocimiento de la situación local es el alma del servicio», decía el barón von Stein.

Conservación de la memoria El segundo discurso lo llamo la conservación de la memoria de la primera mitad del siglo XX. Es es la lucha contra la nueva decadencia, contra el ambiente *fin de siècle* que reina en la intelectualidad europea; analícese el paralelismo entre guerra y arte en la novela, de tanto éxito, *Mein Jahr in der Niemandsbucht* (Mi año en la bahía de nadie) de Peter Handke: aquí una plancha vuelve a ser una plancha y una carretilla vuelve a ser igualmente una carretilla, cuando una guerra –la novela se publicó en 1997– ha aguzado los sentidos de las personas. Política e historia son, en esta especie de arte, algo ideológico, algo que aparta del contacto con las cosas. La política profesional promueve ese vuelo de altura a través de sus pactos y componendas excesivamente pragmáticas. Pero tenemos que tratar de mantener a la gente con los pies en el suelo. «El gran problema de la desigualdad entre las personas y los pueblos de este mundo», dice el destacado filósofo del derecho italiano Norberto Bobbio, «sigue siendo igualmente grave e intolerable». Tampoco se podrá huir de la oposición derecha-izquierda hacia la vaporosa altura de la filosofía ecologizante u ontologizante. Tenemos que esforzarnos para que suficiente gente capaz se interese por el antisublime negocio de la política, sobre todo con el fin de evitar la maldita miseria de las guerras que hemos perpetrado a lo largo de siglos, pero especialmente en 1914 y 1939.

Identidad cultural El tercer discurso tiene que tratar sobre la identidad cultural de Europa, en el sentido de la (insegura) cita de Jean Monet, según la cual él, en el caso de que pudiera volver a emprender desde el inicio la unión de Europa, empezaría por la cultura. Y no se trata de revolver el trastero indoeuropeo, de una presentación orgullosa y autosatisfecha de los tesoros culturales griegos, latinos o judíos, de hacer alarde de lo «propio», de la autenticidad. «La cultura no es una tranquila posesión desde siempre y para siempre», ha dicho el estudioso francés de Platón y Aristóteles Remi Brague, «sino un bien que se alcanza en dura lucha». La única pregunta interesante no es qué nos «pertenece», sino qué podemos hacer nosotros –hoy– con lo que se nos ha transmitido. «Por eso yo, como francés», añade Brague polemizando con los apóstoles de la autenticidad, «estoy orgulloso de ser heredero de una nación de traidores: de los galos, que fueron lo suficientemente inteligentes para dejarse arrebatar su propia autenticidad –junto con su amable costumbre de los sacrificios humanos– en favor de la civilización romana». En Alemania también tenemos necesidad de traidores así, por ejemplo respecto a la «germanidad» de los Fichte, Jahn, Arndt y *tutti quanti*. Europa es un recipiente abierto, un marco. A través de la autorreflexión crítica sobre nuestras experiencias con la guerra, la técnica, la destrucción de la naturaleza, el progreso, el fanatismo religioso y la espiritualidad creadora, tenemos que desarrollar una «identidad» que pueda ajustar cuentas con el mundo tal como es hoy.

Idea de la formación El cuarto discurso debería versar sobre una nueva idea de la formación, debería consistir en una reconsideración del declive del sistema educativo europeo. Bismarck decía en sus *Pensamientos y recuerdos* que las promociones de su época salían del instituto equipadas con un «panteísmo mediocre». Hoy se sale con un relativismo e historicismo mediocres; no se debaten valores, sino relaciones entre fines y medios. En los Estados Unidos se discute con pasión sobre si en el currículum troncal no deberían entrar también mujeres de color vivas en vez de sólo hombres blancos muertos; en Alemania, la disputa trata sobre las asignaturas obligatorias y optativas en el bachillerato. En cambio, no juega ningún papel la única cuestión interesante, a saber: qué personajes y qué saberes deberían estudiarse por su interés intrínseco.

¿Puede existir Europa si París, Berlín o Bruselas no llegan a ser tan internacionales e interculturales como la Viena de la monarquía austro-húngara? ¿No es la educación bilingüe una condición previa para la consolidación del núcleo europeo? ¿No debería haber leído cualquier europeo que accediese a una posición influyente *La Ciudad de Dios* de San Agustín, *El Príncipe* de Maquiavelo, el *Cándido* de Voltaire, el *Libro de los cánticos* de Heine y *El hombre sin atributos* de Musil? Este tipo de preguntas parecen hoy *naïf*, anacrónicas, fuera de lugar. Sin embargo, dado que la autoafirmación de los Estados nacionales europeos es imposible y el desarrollo de una «instancia intermedia entre los Estados nacionales y las organizaciones del complejo Naciones Unidas» (Sloterdijk) es urgente, estos discursos deberían quedar libres del aroma de lo risible. Europa será impulsada sólo a través de la «mitomotricidad» (Jan Assman), a través de ideas formadoras y fundadoras de identidad: historias, provocaciones.

Una nueva política de innovación

Mi última propuesta reclama una nueva política de innovación. Europa tiene que superar la «especialización sin límite» (Jaspers), la absolutización de la lógica del mercado, así como la angustia ante el propio empuje, es decir, la dialéctica de la Ilustración (Adorno/Horkheimer) y conducir la economía, la política, la ciencia y la cultura a un diálogo sistemático sobre investigación, desarrollo y producción, con voluntad, además, de entablar una relación respetuosa con la naturaleza. Europa, sobre todo con su tradición cristiana, a partir de su condición de agotado «promontorio del continente asiático» (Paul Valéry) tiene aquí, y sólo aquí, una fuerza motriz que empuja a ir hacia adelante. Una política de innovación de este tenor podría generar una nueva época fundacional, un desencadenamiento de nuevas empresas orientadas tecnológicamente por el capital-riesgo, la política fiscal, la reforma bancaria, etc., pero al mismo tiempo tendría que acometer la reforma del Estado social europeo. Pues el actual ya no se puede financiar. Sin embargo, de asumir los estándares norteamericanos, en el sistema sanitario por ejemplo, los europeos pondrían sus gobiernos a los pies de los caballos. Lo que significa que la innovación en este sentido sólo puede funcionar si hay un *gran proyecto*, un gran ímpetu.

II

Europa, decía al principio, está en peligro. Sería necesario un cambio, un giro con un sentido activista. Pero lo que prolifera es el resentimiento contra la política, la nostalgia de una política nopolítica, un vaivén entre el exceso moralizante y el cansancio *fin de siècle*. ¿La política? Cosa de intrigantes, de camarillas, de conspiradores, de incapaces. Y lo peor es que el personal político ha ido perdiendo sustancia. Lo digo amargamente: falta un Jacques Delors, también un Mitterrand y quién sabe si, por lo que se refiere a Europa, faltará incluso un Helmut Kohl, aunque con seguridad yo no le votaría. ¿Qué será del proyecto europeo si no se corrige la frustrada Conferencia de Amsterdam, si los alemanes siguen hablando de subsidiariedad, aunque en el fondo están pensando en el dinero, si los Estados económicamente débiles de la Unión quedan bloqueados de golpe, sin que puedan disponer de los fondos estructurales y de cohesión, y si las cosas siguen igual para los 18 millones de parados que hay en la Unión Europea? Invocar los valores eternos no nos salvará. Los populistas de derecha están al acecho. Los metereólogos predicen huracanes. La gente con patente de capitán tiene que coger las riendas. El traslado de los clérigos del barco al puente sería una estrategia arriesgada, por más que sea acorde con el espíritu de la época.

Entonces, ¿qué hacer? Yo no creo recomendable que se ponga la reflexión filosófica en el sitio de la política concreta. Pero no consideraría fuera de lugar que junto a todos los esfuerzos concretos que se realizan en la Comisión, en el Consejo de Ministros, en los gobiernos nacionales,

y donde sea, se reflexione también sobre la identidad europea. El viejo continente europeo quizás pueda todavía, como suministrador de ideas, hacer una contribución a la política mundial. Recoger, resumir, hacer vivo lo que en los últimos cuatrocientos años, desde Hume y Locke, Kepler, Galileo, Descartes y Kant se ha ido desarrollando, con terribles sacrificios, sobre el humus de una historia trimilenaria. De todas formas, esto no significaría para mí rehuir el espíritu del individualismo racionalista, precisamente ahora, en los inicios de una nueva fase electrónica de la civilización que está revolucionando el trabajo, sino seguir impulsando el proyecto de la modernidad. Aprovechar, haciéndolo propio, lo que históricamente se ha desarrollado en Europa: un programa ilustrado, antiheroico y pacífico construido a partir del espíritu científico y experimental.

Un programa, por ejemplo, que –por primera vez en la historia– comporta la posibilidad de la igualdad de derechos entre los sexos. A lo que cabe añadir algo que deriva de las todavía sangrantes experiencias de los últimos decenios: la confrontación con grupos de poder cerrados y muy conscientes de lo que hay en juego, y que operan a escala internacional, con la devastación ecológica y con las nuevas formas de cesarismo, que ciertamente pueden aparecer como consecuencia de catástrofes económicas, y desde luego no sólo en Serbia. En una palabra: promover el ulterior desarrollo en dirección a la democracia del capitalismo, que hoy es el capitalismo digital, ese producto del racionalismo occidental.

Naturalmente, no estoy seguro, pero ¿acaso no sería esta una idea mejor que la de copiar la política social norteamericana, la disciplina y el sentido de la precisión del Sureste asiático y las jornadas laborales de la China meridional? ¿No estaría bien que los europeos pudiesen preciarse de haber preservado la mayor diversidad botánica, el mercado del libro más animado y el sistema de jubilaciones más razonable? La cultura europea, de Nicolás Pisano y Goethe hasta Sören Kierkegaard, de Fritz Lang hasta Niels Bohr, surgió a menudo de formaciones estatales que, en cuanto a poder político, eran de segundo orden. Los europeos tendrían que pararse un momento a pensar dónde estaría hoy nuestra cultura si se hubiese impedido que el criminal Hitler y sus secuaces y colaboradores dispersaran por todos los vientos la cultura judía de Europa, si Albert Einstein y Paul Lazarsfeld, Leo Löwenthal y Rudolf Carnap, si el psicoanálisis, el empirismo lógico, la física cuántica y tantas otras corrientes de las ciencias europeas no hubieran sido expulsados de Europa. Nuestro continente podría ser poderoso si uniera esfuerzos, si no cifrara el poder sólo en cohetes espaciales y en índices de crecimiento. Y si fuera capaz de alcanzar una nueva consciencia de sí mismo.

En el Medioevo la consciencia de pertenencia común occidental se plasmó en las cruzadas. La Iglesia romana generó una ideología supraestatal a través de los concilios, las órdenes religiosas, las universidades y los sistemas jurídicos de aplicación general. A finales del siglo XX ya no hay cruzadas; el medio de unión más potente sería la antigua cultura europea. Italia –un país tan a menudo despreciado en Alemania– debe en gran parte su éxito económico de las cinco últimas décadas no tanto a su técnica y a su ciencia, a la perspicacia de sus empresarios o a la energía combativa y a la capacidad de cooperación de sus sindicatos, cuanto al diseño: a esa prodigiosa capacidad, alimentada a lo largo de siglos, de dar forma a productos industriales según criterios estéticos (John Kenneth Galbraith).

A partir de ahí se podría destilar una estrategia italiana. Propongo examinar si con esta estrategia italiana no se podrían matar dos pájaros de un tiro: aseguraríamos nuestra identidad europea y, a la vez, daríamos con una política europea práctica.